

MUNTANER 282-290

(Andrea Valdés)

Introducción:



“Si las paredes hablaran...” dice la expresión. Algunos hasta espían a través de los cuadros. Lo vemos en “La Casa Embrujada” y en “Un cadáver a los postres”.

De hecho, por paradójico que suene, fue una pintura que plasmó el nacimiento de la fotografía. Me refiero a “Emile Jean Horace Vernet: Discussing the Invention of the Daguerreotype”. Esto tiene su explicación y es que antaño las cámaras eran muy lentas. En lo que tardaban en capturar un momento, ese momento ya no existía, se había desvanecido, de modo que sólo el pincel podía fijarlo. Esta necesidad de detener el tiempo alcanza su paroxismo en “El retrato de Dorian Gray”, donde un personaje que se niega a envejecer acaba atrapado en su propia imagen. En este caso, la fascinación que despierta el lienzo tiene muy malas consecuencias, como también sucede en “Laura” de Otto Preminger o “La mujer del cuadro” de Fritz Lang. Existe el riesgo de que incluso un Goya o un Greco de dudosa procedencia nos acabe remitiendo al cuento

más estúpido y viejo. Ése en el que una princesa debe huir de su propia casa por la ventana. Lo hace uniéndose a una princesa o sirviéndose de su larga y pesada cabellera porque no puede salir por la puerta. Su padre, un rey avaricioso, ha hecho de su palacio un museo que es a la vez cárcel. Lo que nos lleva al número 282-290 de la Calle Muntaner, en Barcelona. Fue ahí, cuando a principios del siglo XX, el arquitecto Enric Sagnier i Villavecchia proyectó un palacete de filiación plateresca en el que hoy se esconde una importante colección cuyo valor nadie es capaz de precisar. Cómo llegó hasta ahí y por qué se sabe tan poco de ella, son dos cuestiones que sólo hoy me atrevo a desvelar, pero empecemos por el principio...

1. El Código o Deberes de la Buena Sociedad.

Mucho antes de que albergara la citada colección, el palacete de Muntaner ya era una construcción admirable. En palabras de la periodista Ester Puig, aquella residencia “constaba de tres pisos: planta baja, principal y el de servicio, y otras dependencias dispersas por el jardín, donde también figuraba una piscina de teselas verdes, un estanque y un garaje, que antaño sirvió como entrada para los carruajes.” Delimitaba la propiedad un viejo muro superado por los árboles. Los había de varias clases: una palmera, dos limoneros, varios pinos e incluso un aguacatero que de tanto en tanto despertaba algún comentario, al ser como era tan poco común en aquellas tierras. Más allá del citado muro y los árboles, se adivinaba una segunda fachada. Era una torre tan tupida de hiedra que se camuflaba con el paisaje. Una muestra de discreción muy acorde a “El Código o deberes de la buena sociedad”. Dicho código lo escribió su primer propietario quién, según se dice, mandó construir aquel palacio con las formas de una época que ya no le correspondía. Pero, pese a este anacronismo, Don



Camilo Fabra i Fontanils, también conocido como el marqués de Alella, era un hombre emprendedor, un gran negociante de la industria textil cuyo interés por la astronomía le llevó a

fundar el Observatorio de Barcelona. Entonces, era frecuente verle cenando con científicos ilustres a los que invitaba a su casa para charlar sobre diversos temas. Al parecer disfrutaba mucho de aquellas reuniones pues no sólo le informaban del lugar que ocupaban los astros respecto al sol, sino de la posición que debían adoptar los hombres entorno a una mesa de comedor.

“Nadie ha de apoyarse en el respaldo de la silla, sino tener el cuerpo erguido. Si el espacio es holgado, cada cual debe cuidar de no molestar a sus vecinos.”- escribiría.

A estas anotaciones, se añadirían otras, más precisas, que acabarían dando forma al citado Código.

“Conviene alumbrar el comedor diez o quince minutos antes de anunciarse la comida, para que al entrar los comensales, la luz sea igual. La iluminación ha de ser profusa y la temperatura de unos 16 grados. (...) Cuando beben, los caballeros apuran los vasos: las señoras sólo humedecen los labios.”

Sin embargo, con los años, aquel código empezó cambiar de forma, no tanto por tener que adaptarse a las exigencias del tiempo como al gusto de un nuevo propietario. Y es que tal y como figura en el registro de 1945, el marqués de Alella malvendió aquella finca a Julio Muñoz Ramonet, el verdadero protagonista de esta historia.

2. Los complejos.

Sucede que en los países nórdicos la estatura media de los varones es de un metro setenta y ocho. En Gran Bretaña, uno setenta y cinco, mientras que en España es de un metro setenta y tres aproximadamente. Pero para su deshonra, Julio Muñoz Ramonet apenas alcanzó el metro sesenta y cinco. Era además calvo y algo rechoncho como el Caudillo, solo que éste tenía dos madres -la patria y Doña María del Pilar-, mientras que Julio, sólo tuvo una con la que acabó fatal. No era una mujer fácil. Para que se hagan a la idea, Florinda Ramonet nació en un pueblecito de Cerdeña pero al poco de casarse decidió dejar de hablar su lengua materna. Lo hizo por voluntad propia, mucho antes de que las fuerzas del orden vinieran a imponérselo a golpe de bayoneta, y todo para ocultar su origen campesino. Se avergonzaba de él. De vez en cuando, sin embargo, “ensuciaba” su castellano pulcro con expresiones del estilo: “pareces una bleda”, bleda significando acelga, palabra que en catalán se usa para calificar a toda persona poco espabilada. Así pues, siendo como era un hombre bajito e hijo de una mujer como Florinda, se entiende que Julio Muñoz Ramonet también tuviera sus complejos. Y es que solo los complejos explicarían su ansia de riqueza, de hacerse respetar.

“¡Yo no estoy para chucherías!”- exclamó un día, cuando aún era un empleado de El Barato, una tienda de tejidos situada en Ronda de Sant Antonio a la que llegó un modelito bien extraño. En palabras del escritor Francisco Ayala, se trataba de “una tela holgada, sujeta con elásticos a los codos y rodillas, que al contacto con el agua se inflaba como un globo”. Dicho modelito era un traje de baño diseñado por el Padre Laburu para la mujer católica. Lo trajo consigo cuando se dejó ver por Barcelona, ciudad a la que vino a combatir el fervor anticlerical y republicano. Los que como

Julio, le vieron en directo en Santa María del Mar, nunca olvidarían su capacidad de oratoria. Era muy en la línea del doctor Charcot y sus “Lecciones del martes”, a las que asistían alumnos de medicina, escritores y curiosos, ansiosos todos por presenciar un ataque de histeria. Pero pese a levantar el interés de las masas, los sermones apocalípticos del padre Laburu no lograron su cometido.



vorable en la readjudicación de fábricas y cupos de algodón, convirtiéndose así en el rey del estraperlo barcelonés.

Cabe decir que pese a cambiarse de traje dos veces al día y tener a sus cuatro hijas a raya, Julio no tenía escrúpulos. Se casó con quien se casó por ser hija de un poderoso banquero -nada menos que el director del Banco Central-, y cu-

Tampoco su estrambótica línea de bañadores frenó el vicio y las ansias revolucionarias. Prueba de ello, es que un año después de su llegada a la capital catalana, estalló la guerra civil, situación de la que Julio Muñoz Ramonet sacó un grandísimo partido.

No, no estaba para chucherías... Dejó El Barato para abrir un pequeño negocio de medias y desde entonces, ivaya si hizo carrera! Siguiendo los pasos de su desdichada madre, se alió con el régimen, quien le brindó un trato muy fa-

ando tuvo que pedir un préstamo, ¿qué es lo que hizo? Pues bien, se llevó a unos analistas a inventariar sus almacenes.

Según un testigo: “Tras el primer inventario, les invitó a comer opíparamente, luego a unas copas y a unas señoritas. Seis horas más tarde, fueron a ver el segundo almacén que ya inventariaron peor, para acto seguido cenar y seguir de juerga, así que no fue hasta la mañana siguiente que acabaron de inventariar el tercer almacén. Al final, los analistas dijeron: “a este señor denle

todo el crédito que necesite que está forrado de materias primas y dada la escasez tiene mucho futuro”. Pero en realidad sólo tenía mercancía para llenar 3/4 partes del primer almacén, el resto lo estuvieron moviendo de un lugar a otro, mientras sus analistas paraban a desayunar, comer y dormir.”

Con esta clase de artimañas, Julio fue expandiendo sus dominios. Se hizo con Can Batlló, los almacenes El Siglo y El Águila, El Palau Robert, el Hotel Ritz y como no, el palacete de Muntaner. Desde entonces, en aquella casa, la discreción no era la norma sino la excepción. El mayordomo lo recuerda perfectamente. Poco importaba que en una Barcelona gris y rota, la gente se muriese de hambre y que en el “Código o Deberes de la Buena Sociedad” se elogiara el recatamiento y la armonía. En su mesa, las servilletas se desplegaban cual pavo real sobre los platos y a cada comensal le correspondía un ejército de cinco copas y doce cubiertos. En cuanto a los floreros y candelabros, eran de tal altura que impedía a los invitados verse las caras. Al parecer, la propensión del anfitrión a largar monólogos convertía

aquella opulencia en un error menor, porque Julio Muñoz Ramonet tenía tanto de que hablar... No en vano sus interlocutores eran banqueros prudentes, curas y miembros del ejército español. Gente de pocas palabras y creencias firmes, acostumbrada a inclinarse para besar la mano de otro hombre, ya fuese de mármol o carne. Por si fuera poco, ni la colección de tapices persas ni el juego de cortinas versallescas que como un pesado telón abrigaban aquel comedor, lograban absorber el sonido de sus fanfarronadas, de modo que cuando Julio aludía a sus 5 Rolls Royces –algo que por cierto hacía muy a menudo- los demás oían 15, por el eco.

Entre sus invitados nadie parecía sorprenderse de aquellas cifras. Las manejaba desde un despacho que él mismo amuebló, dando rienda suelta a un anhelo desproporcionado. ¿Cómo explicar, sino, esa enorme mesa forrada de piel sobre la que figuraba una escribanía de bronce con un majestuoso águila a punto de emprender el vuelo? ¿O ese sofá secundado por dos pesados butacones que se abrían a una chimenea de mármol en cuya repisa se alineaban tres

estatuillas de notable dimensión: la de Churchill, Manolete y la Virgen del Pilar? Para acabar de perfilar el ambiente, había una gran coctelera de madera y a sus espaldas –pues siempre quedaba a sus espaldas- una “falsa” biblioteca de grandes clásicos, agrupados todos en una sola pieza.

De hecho, la suntuosidad de aquel despacho sólo era comparable a la de su vestidor, ya que cuanto más aumentaba su riqueza, mayor era su presunción. Incluso hoy, trece años después de su muerte, hay quien afirma que solo usaba calzoncillos de seda y se bañaba en Chanel N.5. En esta línea de excesos se dice que, cuando iba al cine, compraba toda una fila de butacas para que nadie le molestara. Y si en algún momento echaba en falta un poco de compañía, en seguida la tenía... ¡Sólo era cuestión de una llamada! En Barcelona, después de todo, eran muy conocidas sus propinas. Incluso se llegó a decir: “En el cielo Dios, y en la Tierra los Muñoz”, porque era rico, descarada y asquerosamente rico. Tan rico que acabó por perder el sentido real de su fortuna.

3. La colección.

Según el Registro de Adquisiciones de 1968, al legado de Ramonet, no solo se fue añadiendo casas, un entramado de empresas y varios Rolls Royce, sino numerosas obras de arte. Unas 500 en total. Pertenecían todas a la colección Bosch i Catarineu, que adquirió de rebote al comprar la Unión Textil Algodonera. Al parecer, eran pinturas al óleo, retablos y grabados de diferentes escuelas. Podían verse por todo el palacete, pero más que responder a una determinada sensibilidad estética, aquellas obras tenían sentido única y exclusivamente como inversión. Prueba de ello es que no existe documento alguno que nos remita a su belleza, solo se especifica su valor.

Lo mismo sucedió con su matrimonio. Con los años, sin embargo, su unión con Carmen Villalonga no resultó tan ventajosa como esperaba, porque aunque su esposa le introdujese en el mundo de la banca, no le dio ni un solo hijo varón. Es éste un dato importante que explicaría por qué en su mejor momento, Julio entró en decadencia. Digamos que al no tener un descendiente en quien poder reflejarse, se empeñó inmortalizar su nombre con hazañas cada vez más rocambolescas. Cuando no estaba a un reputado jeque, le regalaba valiosas joyas a una joven prostituta.

De pronto, todo cuanto hacía era comentado. Como nunca se preocupó en desmentir ninguno de los rumores, fue su suegro quien le paró los pies. De la noche a la mañana le bloqueó varias cuentas. Julio se divorció de su mujer. También movilizó a su hijas tratando de manipularlas a su favor en un nego-



cio que acabó en quiebra y 13 pleitos. Desde entonces, su relación con ellas no hizo más que deteriorarse, algo que el mayordomo vivió muy de cerca cuando en vez de hablarse, empezaron a dejarse mensajes. Ya podían estar a medio metro que él no se libraba de hacer de recadero, poniendo en su boca frases usadas, frases que “al señor” no dejaban de apolillarle el ego. ¡Con lo que le gustaba ir de estreno, ser siempre el primero!

- “Pues dícales que...”- respondía él sin disimular su ira.

Según esta lógica, en aquella casa empezaron a tratarse a no menos de cuatro palabras de distancia, de modo que incluso para sus hijas, Julio pasó a ser una imagen cada vez más borrosa y sombría. Alguien cuya figura fue desdibujándose poco a poco hasta convertirse en leyenda. Contribuyó a ello, el que un buen día se fugara a Suiza con una nueva amante. Fue ahí donde murió, un 9 de mayo de 1991.

Como era de esperar, Carmen, Isabel, Alejandra y Helena Muñoz Ramonet – que es como se llamaban las 4 hijas- no tardaron ni 24 horas en reclamar la herencia, pero en vez de regresar el palacete de Muntaner, prefirieron quedarse en Madrid, prolongando indefinidamente lo que en su día su padre entendió como un estúpido gesto de distanciamiento. Otro de los tantos.

Con el tiempo, sin embargo, sus hijas hicieron de Madrid su verdadera casa y no sólo porque ahí es donde estaba su madre, sino porque en Barcelona no había tantas cafeterías. Abundaban las “granjas” donde el chocolate a la taza era suplantado por un vulgar Cacaolat.

Además, se hablaba en catalán, esa lengua nasal y provinciana, variación degenerada del francés de montaña, cuyo odio les había transmitido su abuela, “la” Florinda.

No, no podían volver a Barcelona, y aún menos a aquel palacete de voluminosos muebles, en el que todo quedaba fuera de su alcance. Los sofás eran demasiado abultados; las camas, demasiado altas; las lámparas, demasiado pesadas; los cuadros demasiado grandes...

Así que tras meditarlo detenidamente, decidieron dejar las cosas como estaban. Después de todo Fermín, su mayordomo, era alguien en quien podían confiar, aunque solo fuese porque llevaba toda su vida al mando de aquella casa. Entre sus numerosas tareas estaba el asegurarse de que no se acartonaran las cortinas o que la temperatura oscilara entre los 18-22 grados, porque de lo contrario “algunas pinturas podrían sufrir daños”. Y es que al estar vacío, aquel palacete requería tantos cuidados... Por eso llama la atención que fuese él, el único en tener acceso a todas las estancias. Cabe subrayar que esto no le eximía de verse obligado a desayunar, comer y cenar a la luz de una lámpara. Era una norma que no admitía discusión. Del mismo modo que el agua hierve a 100 grados, se estableció que las persianas debían permanecer bajadas todo el año, salvo el 8 de abril, el 28 de junio y 13 de diciembre, fechas en las que las cuatro hermanas acudían a tomar el té. El mayordomo las recibía con gran excitación, pues su llegada era también la de la luz. Entraba por 123 ventanas dando al ambiente un aura nueva, de primavera. Entonces supervisaban y actualizaban los gastos y revisaban su cuaderno. Lo anotaba todo con tal puntualidad... ¡Se diría un



pentagrama! De hecho, no es hasta Septiembre de 1992, 7 meses después de la muerte de Julio, que se menciona una irregularidad.

Martes, 9h27 A.M : “Esta mañana las señoras se personaron sin previo aviso”.

Si cito esta entrada, en apariencia insignificante, no es por capricho o falta de destreza, – todo narrador recurre algún truco para llamar la atención-, sino porque fue aquí, justo aquí, donde los hechos empezaron a cobrar un carácter insólito, incluso novelesco...

Al finalizar las Olimpiadas, un tu-fillo optimista y coqueto impregnó las calles de Barcelona. Se entiende pues que las hermanas quisieran disfrutarla, pero lo cierto es que nada más llegar, se encerraron en el antiguo despacho

del señor, alegando que tenían varios asuntos que resolver. De hecho, aquella visita, no anunciada, dio paso a un impredecible flujo de entradas y salidas que no hicieron más que exasperar a nuestro mayordomo. A sus tareas habituales – cambiar las flores, pulir el suelo, sacudir tapices...- se añadían otras, relativas al recibimiento. El que las visitantes fuesen las propias dueñas de la casa, no le ayudó en absoluto. Al contrario, se encontró con que la exigencia era aún mayor. Entonces, cada vez que subía una de las 123 persianas se acordaba de un tiempo no tan remoto, cuando se quedaba pasmado, observando cómo el sol proyectaba en el suelo y las paredes diversas sombras. “Con las horas- anotaría- iban desplazándose hacia el oeste, para diluirse poco a poco en la penumbra, y eran tan hermosas... ¡Parecían espectros!”. Pero un día, a raíz de una de aquellas innumerables visitas, la luz vino a revelar una cosa mucho más inquietante. No eran sombras lo que veía, sino manchas. Estaban en la pared del antigua sala de baile y también en el gabinete de invierno. Más adelante, según indica en el mismo cuaderno, descubrió “otras tres en el despacho del señor”. Ignoraba su origen, como también ignoraba de donde venía su necesidad de repasar los peldaños de aquella enorme escalinata que como dos generosos brazos de mármol daba sentido a toda la casa. Contribuía a su confusión el que a su alrededor estuviera abarrotado de objetos. Muebles, estatuillas, porcelanas y cuadros. En la penumbra no resultaban tan arrebatadores como a la luz del día, cuando se dejaban ver en todo su esplendor. Eran paisajes románticos, grandes bodegones y escenas religiosas de las que se desprendía, presumo, un algo conmovedor pero pasado de moda. Quiso inventariarlos, junto con el resto



de objetos, pero al hacerlo se topó con la voluntad sus dueñas. Y es que ahí donde él señalaba un hueco o un nuevo rastro, ellas lo negaban o daban por sentado. Hasta que un día, les plantó cara.

- Si todo les parece tan normal, ¿cómo es que vienen tan a menudo y casi sin avisar?- dijo, subyugado por la aparición no ya de un cerco sino de un boquete que se abría como una yaga en otra de las incontables paredes.

Las hermanas le expresaron su preocupación, confesándole cuan irritable y cambiado le veían. Es más, atribuyeron su cambio de carácter a la edad, la soledad y el cansancio, e incluso insinuaron la posibilidad de que aquella iconografía estuviera sobrestimulando su imaginación. Con aquella luz, solo y tanto trabajo, ¿quien no vería señales y cosas raras?

De entrada le dijeron que no era preciso acondicionar toda la casa, pues a Fermín le habían salido callos de tanto levantar y bajar persianas. De todas las estancias, empezaron por descartar el Torreón. Luego, el salón de baile junto con los dormitorios que quedaban más al este, no muy lejos de donde Julio se montó un gran sala de cine en la que vio, una y otra vez, los mismos westerns.

El mayordomo apenas puso resistencia. Bastante tenía con esclarecer de donde venían aquellos ruidos... ¿Es que tampoco los habían oído? Las hermanas negaron con la cabeza mientras el espacio, lejos de ceder, se hacía cada vez más pequeño. Un día hasta le vieron avanzar a tientas, palpando su superficie con los dedos, como hacen los ciegos y los incrédulos.

De todas las deliberaciones que fueron tomando las dueñas, sólo se atrevió a decir algo respecto a la biblioteca.

- ¿Qué sentido tiene cerrarla? En invierno y con este frío es donde mejor se está, arropado entre los libros.

- Fermín... -contestó una de las hermanas- ¡si son todos falsos!

Y así fueron estrechando su horizonte, hasta que poco a poco lograron encerrarle a él. O eso creo... porque llegados a este punto no puedo afirmar con precisión qué es lo que pasó. Lo crean o no, incluso yo, el narrador de esta historia me vi expulsado del propio cuento. Si he vuelto a él es porque recientemente un artículo de periódico vino a esclarecer lo que realmente sucedió ahí dentro.

4. La noticia.

Barcelona: Histórica querrela patrimonial

La justicia valida el millonario legado de Muñoz Ramonet a Barcelona.

J. S - BARCELONA

El Ayuntamiento de Barcelona ha visto reconocido por la justicia su derecho "válido y eficaz" al legado artístico e inmobiliario del financiero Julio Muñoz Ramonet, consistente en un palacio de la calle de Muntaner y pinturas de Goya, El Greco y Grünewald entre otros bienes.

A la muerte de Muñoz Ramonet, en Suiza, en 1991, sus cuatro hijas ocultaron al ayuntamiento durante varios años la intención del padre de legar una parte de sus bienes a una fundación municipal para disfrute de los ciudadanos de Barcelona, según constaba en su último testamento. Ambas partes iniciaron un largo pleito que el pasado 12 de julio tuvo sentencia favorable al ayuntamiento. Ayer, los abogados de las hijas exigieron que la

sentencia se les envíe en lengua castellana alegando que no entienden el catalán.

LAS LISTAS

En la sentencia, el juez menciona explícitamente que el legado declarado válido comprende las casas de la calle de Muntaner y Avenir, que conformaban el palacio donde Muñoz Ramonet tenía su colección. El problema es que el Testamento en cuestión no especifica en qué consistía exactamente dicha colección. Simplemente indica que "cede a la ciudad de Barcelona, la finca de Muntaner n 282-288, así como el palacio de Provenir n 26-28, con todo su contenido completo".

El inventario realizado en 1998 menciona "La Virgen del Pilar" de Goya y "La anunciación" de El Greco, retablos,

tapices, tallas, porcelanas y una colección de joyas y botonaduras, valorada en unos 100 millones de las antiguas pesetas. En la sentencia, sin embargo, no se menciona otra de las obras en litigio: una valiosa pintura del si-

Sus hijas ocultaron al Ayuntamiento de Barcelona el cambio de testamento durante cuatro años.

glo XV del maestro alemán Grünewald. Además, cabe destacar que en los primeros inventarios, realizados en vida de Muñoz Ramonet, figuraban cuadros firmados por Sorolla, Anglada Camarasa, Urgell y Murillo, hoy en paradero desconocido. Algunas fuentes apuntan que dichos cuadros siguen en manos de las hijas del magnate

quienes, al conocer el cambio de testamento, fueron vaciando el contenido del palacio paulatinamente, violando así la última voluntad de su padre. Refuerza esta hipótesis un registro personal —el de F. N, mayordomo de la casa— en el que se mencionan "algunos desperfectos" así como "reiterados cercos en las paredes".

Y una nota final: "Aunque se esfuercen en desmentir todo cuanto digo, ellas se están delatando porque al hacer de su propio pasado un botín, lo que evidencian es que nunca fue suyo. Podría tomar medidas pero visto lo visto, es justo que lo único que quede de Don Julio sea una ostentosa y triste fachada. Ese debe ser su legado."